

Desde que Gregorio se presentó en casa con una caja de torrijas de “El Brillante”, Carmen no había apenas descansado y menos aún probado los famosísimos dulces que tanta expectación generaban en su casa por aquellas fechas.

Hacía días que no salía de su cuarto, enfrascada en libros y ahogada en vasos de café. Y como su tío era el dueño de una de las pastelerías más famosas de la ciudad, se propuso hacer sonreír a su querida sobrina tan agobiada por los exámenes finales.

Cada café iba acompañado de un pedacito de aquel pan dulce y frito. Al final de la semana se amontonaban como un castillo medieval en la esquina opuesta a los libros de biología y la habitación de Carmen no era más que una inmensa nube con olor a canela.

- Cariño, vamos a salir a pasear y comeremos en casa de los abuelos... - dijo Rosa con un hilo de voz y media cabeza asomada tras la puerta.
- ¡¡¡Pasadlo bien!!! - gritó Carmen como despedida sin levantar siquiera los ojos de los apuntes.

Los dos meses siguientes se convirtieron en una pesadilla para la familia Moreno. Y no solo porque Carmen se enfrentaba a la temida prueba previa a la universidad, sino porque se respiraba un ambiente tenso de continuo silencio y conversaciones fugaces en los pasillos.

Todo se relajó a partir del mes de junio. Las notas salieron, el sacrificio mereció la pena. Carmen había conseguido plaza en la Facultad de Medicina. Sería la primera médica de la familia y la tercera en cursar estudios superiores de todos los Moreno.

Quería que sus padres se sintieran orgullosos, ser aceptada en los grupos de intelectuales con los que soñaba desde el colegio y tenía unas ganas incontrolables de salir de aquel barrio humilde que en el fondo odiaba.

Se pasó el verano fotocopiando libros y solicitando becas. A los dos días de empezar las clases sabía que aquel sería su lugar en el mundo. Que lo que quería realmente era conocer a gente que tuviese intereses comunes, vivir rodeada de libros y asistir a conferencias diferentes cada semana. Carmen estaba tan ilusionada con su nueva vida que prometió a sus padres visitarlos cada fin de semana, sin imaginar que sólo podría cumplirlo durante el primer mes de carrera.

Le apasionaba la Biología Celular tanto como a Rafa, y ya en el primer cuatrimestre había encontrado en él un increíble compañero de estudio. Ambos disfrutaban de las horas en la biblioteca, los bocadillos de la cafetería bajo el sol en sus descansos de quince minutos y compartían el sueño de labrarse un futuro y volar lejos.

Una tarde en la que Carmen decidió quedarse en casa estudiando, encontró una nota entre el montón de apuntes. Decía “Enhorabuena por tu aprobado en Bases Moleculares. Todo esfuerzo tiene su recompensa. Sabía que lo harías genial”.

Se quedó pensando en quién podría ser el mensajero misterioso y de inmediato descartó ideas fantásticas. Rafa estaba detrás de aquello. Él era prácticamente su único amigo en la universidad, con quien había estudiado para aquel examen y sin duda el único que podría tener acceso a sus apuntes. Encendió el móvil para escribirle un corto agradecimiento pero se distrajo con otras aplicaciones y Rafa no recibió ningún mensaje de Carmen aquella tarde.

Pasaban los días y las semanas. La familia Moreno apenas tenía noticias de su hija, que no comía en casa los domingos desde hacía meses, poniendo la misma excusa una y otra vez. Como Rosa y Paco no habían ido a la universidad, asumieron que no ver a Carmen durante tanto tiempo era un sacrificio para todos. Aún así nunca le faltaron cajas llenas de delicias y algunos dulces de “El Brillante” que le hacían más llevadera la ajetreada vida de estudiante.

Cuando los primeros exámenes finales se acercaron, la notita entre los apuntes se había esfumado de su memoria para dejar paso a nombres de fármacos y huesos del cuerpo. Estaba colocando los subrayadores de colores sobre su sitio reservado junto a la ventana en la biblioteca cuando le sorprendió un pequeño texto escrito sobre la madera: “Te sienta fenomenal ese pañuelo. Deberías ponértelo más y olvidarte de lo que piensen de ti”.

Carmen miró sonriente a sus compañeros de mesa y ellos le devolvieron una leve inclinación de cabeza, para nada divertida. No sabían nada... ¿Entonces quién?

Tener que descartar a Rafa porque estaba celebrando en Luque el cumpleaños de su sobrina le hizo perder media hora cavilando e intentando hallar la solución. Al darse cuenta del retraso en su planificación meticulosa de la tarde de estudio, se obligó a hacer como si nada de aquello hubiera pasado. Fue a despejarse unos minutos más antes de ponerse en serio cuando... ¡bum!

No podía creer que otro mensaje secreto hubiese llegado hasta el espejo del baño. Allí, escrito con una caligrafía cada vez más familiar, se podía leer: “Date un respiro y dedica tiempo a lo que de verdad importa. Antes de que sea tarde”.

La broma dejó de tener gracia en el momento en que Carmen sintió que era una amenaza camuflada. Su primer impulso fue llamar a casa y contar lo ocurrido, pero le pareció que tendría que dar demasiadas explicaciones y optó por Rafa.

- Sé que parece difícil de creer... - Carmen sonaba cada vez menos convincente.
- Tranquila, yo te creo. Quizás deberías tomarte en serio esos consejos. Estás muy agobiada con los exámenes finales y el estrés puede volverse en tu contra. - contestó Rafa, feliz de que por primera vez estuviesen hablando de algo personal al margen de los estudios.

Carmen consiguió recuperar el tiempo perdido estudiando en la biblioteca hasta que la echaron cuando ya iban a cerrar.

A la mañana siguiente, en una de las tutorías semanales, estaba tan cansada que tuvo que entrecerrar los ojos y leer por segunda vez lo que estaba escrito en la pizarra: “La carrera de medicina forma parte de tu vida pero no es TODA tu vida”. Definitivamente estaba sufriendo alucinaciones. Su lado crítico descartó la idea al segundo, pero su parte irracional siguió dándole vueltas a esos consejos que parecían llegar en el momento oportuno.

Aprobó los exámenes con buena nota y menos autoexigencia, sabiendo qué haría durante las vacaciones de verano. Pidió a su familia cenar en aquella taberna con la mejor tortilla de patatas de toda la ciudad para celebrar su primer curso como casi médica. Su barrio le pareció distinto, y por primera vez vio con otros ojos a su familia: trabajadora, humilde y luchadora. Volvió al obrador de su tío Gregorio.

Entre harina y mantequilla, se sintió feliz de nuevo.

Y la historia se cierra tal y como se abrió, con un embriagante olor a canela y un último mensaje en el papel que envolvía la torrija que Carmen estaba a punto de llevarse a la boca:

“Tu yo del futuro está orgullosa de que hayas aprendido la lección a tiempo. Echarás de menos los años de universidad, porque son los mejores. Pero no te olvides de quienes te ayudaron a llegar hasta donde estás ahora y los que te hacen feliz cada día (y sobre todo, no te olvides de Rafa)”.

Fdo. : Faneka